

La biblioteca de noche

Preámbulo a la nueva edición

Alberto Manguel

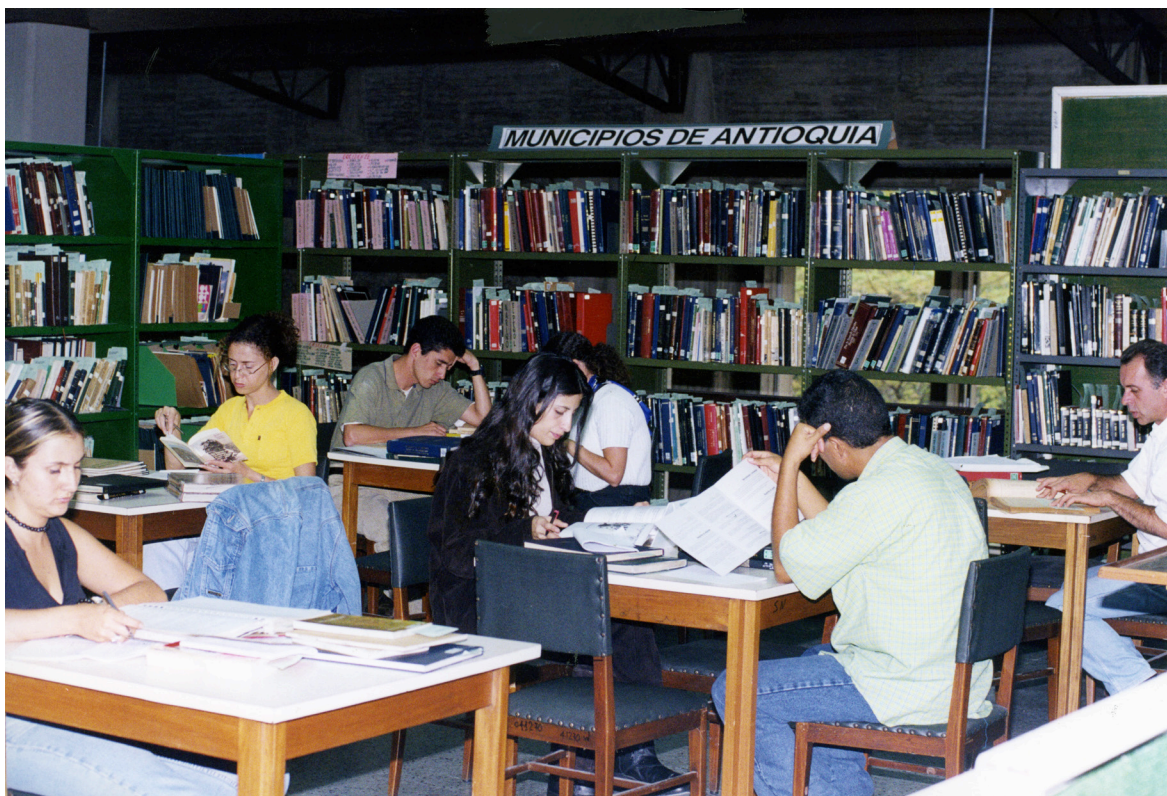
24

La literatura, lo sabemos, puede desde tiempos inmemoriales ofrecernos fábulas ejemplares y preguntas cada vez más vastas y perspicaces. Pero ninguna literatura, ni siquiera la mejor ni la más cabal, puede salvarnos de nuestra propia insensatez. Los libros y sus bibliotecas no pueden protegernos del sufrimiento o del error deliberado, de las catástrofes naturales o artificiales debidas a nuestra propia codicia suicida. Lo único que puede hacer un libro es, a veces, milagrosamente, contarnos esa locura y esa codicia, y recordarnos que debemos mantenernos alerta frente a tecnologías mercantiles cada vez más absolutistas y autosuficientes. El libro que nos conmueve lleva en sí, para nosotros, diversas posibilidades transformativas. Un cierto libro puede ofrecer, a veces, consuelo frente al sufrimiento y palabras para dar nombre a nuestras experiencias, puede decirnos quiénes somos, puede enseñarnos a imaginar un futuro en el que, sin exigir un convencional final feliz, podamos permanecer vivos, equilibradamente juntos, los unos con los otros, sobre esta tierra maltratada. Estas son algunas de las virtudes que pueden ofrecer nuestras bibliotecas.

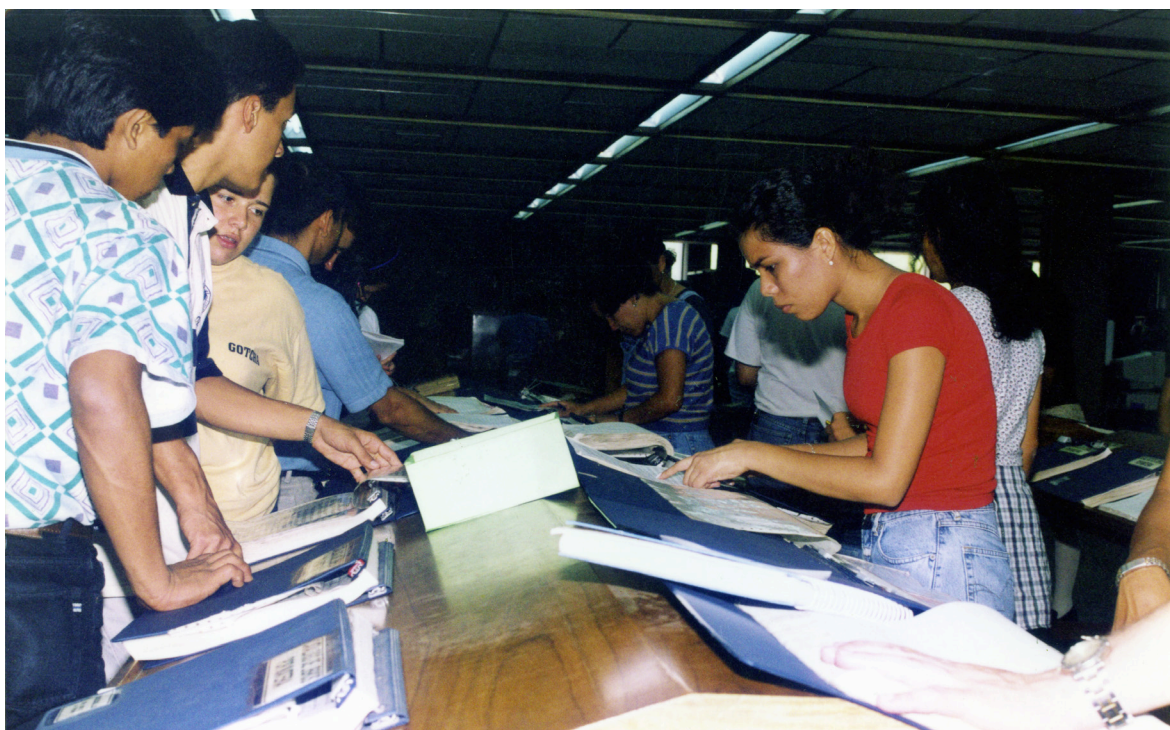
Como seres humanos, aprendemos desde muy temprano que somos individuos, y que nuestra individualidad implica ciertas responsabilidades hacia nosotros mismos y también hacia los otros y el mundo que habitamos. Tal aprendizaje lo hacemos a través de nuestra propia experiencia, en

gran parte adquirida a través del relato de la ajena. La imaginación, que nos permite conocer el mundo por medio de las ideas antes de vivirlo materialmente, nos enseña a crear historias para dar coherencia y verosimilitud a esas mismas experiencias. Y ese acopio de crónicas imaginadas desde nuestras primeras noches en la tierra, es comunicado, en las sociedades del libro, a través de la palabra escrita, preservada a lo largo de los siglos en nuestras bibliotecas. Por esa razón, la biblioteca es el espejo de la identidad del grupo social que la alberga, y también su memoria. Y a pesar de los temores endémicos que toda sociedad manifiesta hacia el poder del individuo, sabemos que sobrevivimos gracias a la tensión entre el impulso conservador de nuestras leyes y la sed inquisitiva de la consciencia individual.

Las amenazas pronunciadas contra los artistas y escritores desde los tronos de los reyes, desde los púlpitos de los inquisidores, desde los sillones de los presidentes, desde las oficinas de los capos industriales, no han hecho, al parecer, sino alentar, a pesar de todo, nuestro reconocimiento de la lectura como una actividad esencial del ser humano. Cuando en *La República* de Platón el agresivo filósofo Trasímaco declara que la justicia no es “sino una generosa inocencia” y la injusticia sólo “discreción”, sabemos que no tiene razón, pero el interrogatorio de Sócrates no llevará a demostrar de manera precisa e incontrovertible que sus definiciones son erróneas. Llevará, en



Colección Antioquia, Biblioteca Universidad de Antioquia, 1983.



Biblioteca Universidad de Antioquia, 1993.

cambio, a Sócrates a declarar que la justicia debe ser incluida en la clase de cosas “que, si se quiere ser feliz, hay que amar tanto por sí mismas como por lo que de ellas resulta”. Pero ¿cómo definir esa felicidad?

¿Qué quiere decir amar una cosa por sí misma? Escribí el último párrafo de *La biblioteca de noche* en 2006. Ahora, frente a la generosa reedición de Alianza, sigo haciéndome estas preguntas.

Tengo una pesadilla recurrente. Estamos a fines de este siglo XXI. Más allá de vastísimos centros comerciales y rascacielos ciegos, se extienden interminables franjas de edificios abandonados y solares vacíos. A lo largo de las avenidas hay altísimos paneles publicitarios en 3D. Los pequeños comercios del siglo pasado han desaparecido, al igual que los árboles que bordeaban las calles. Los edificios se convierten en escombros y los escombros en arena. Un vasto desierto rodea ahora la ciudad, como todas las ciudades. Pocas personas, aún con mascarillas, se aventuran hacia el horizonte lleno de humo grisáceo por miedo o por falta de cuidado.

Esparcidas por la ciudad, principalmente en las zonas más abandonadas, hay unas pocas escaleras estrechas que conducen a oscuros sótanos. Los ancianos dicen que, hace décadas, estos lugares se llamaban boliches nocturnos, donde todavía actuaban músicos en vivo y un público acudía a escuchar. Poco a poco fueron cerrando y, finalmente, empezaron a ser ocupados por un grupo diferente de personas, silenciosas y encorvadas por la edad. Se llaman a sí mismos Lectores y a las salas subterráneas Bibliotecas.

En el siglo pasado (recuerdan los antiguos) las llamadas Bibliotecas estaban alojadas

en grandes edificios, algunos con orgullosas columnas custodiando la entrada, otros con grandes paredes de cristal que permitían a los transeúntes mirar en su interior. El intestino de estos edificios estaba formado por hileras de estanterías en las que se guardaban los Textos Antiguos (llamados Libros) en un orden críptico; cada uno de estos Libros tenía atribuido un número que debía significar algo alguna vez, pero que nadie ha descifrado ahora. El código de los Antiguos Textos se perdió durante una de las Transformaciones que borró todo el Antiguo Vocabulario y que no ha sido reconstruido desde entonces. Los Libros de la Biblioteca que sobrevivieron llevan esos misteriosos números (a veces acompañados de letras igualmente misteriosas) que son como los tatuajes de identidad que ahora se les hacen a los niños al nacer. Hoy los edificios de las Antiguas Bibliotecas son galerías comerciales y salones de juego.

Los Lectores acuden a los antros subterráneos en solitario, aceptando su condición de parias. Vienen a buscar un Libro antiguo como antes se iba a encontrar a un viejo amigo, a conversar, a poner experiencias en palabras. Ahora, los lugares de encuentro para conversar han desaparecido. Los cafés y los bares emiten una música ensordecedora las veinticuatro horas del día, y sus paredes están cubiertas de hipnóticos murales holográficos. Cada cliente está ligado a un sistema electrónico que emite mensajes comerciales por medio de un chip implantado en su cerebro. La conversación, reflexionar resulta imposible.

Rara vez se pueden encontrar todos los Libros que los Lectores buscan, por muchas de estas Bibliotecas subterráneas que visiten. Sin embargo, esto da una nueva fuerza a su empresa: Los Lectores siguen siendo



Biblioteca Universidad de Antioquia, consulta de catálogo en línea, 2001.



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, cursos de cultura organizacional, 2019.

inventivos. Por ejemplo, ahora que *El Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha* quedó reducido a su Segunda Parte (ya que la Primera se perdió para siempre durante las Transformaciones), la novela tullida hace que la historia del caballero justiciero sea un Libro mucho más poderoso, y mejor escrito. Todas las obras de Flaubert se perdieron, salvo un ejemplar del *Bouvard et Pécuchet* muy subrayado: entre los Lectores de hoy, Flaubert es considerado un colega de esos célebres enciclopedistas, Espasa y Calpe, de los que no se sabe nada más que una mención de sus nombres en un ensayo anónimo sobre el Conocimiento Universal. Varios de los Lectores más emprendedores han establecido un catálogo para las Bibliotecas a partir de los pocos libros que han podido reunir. La lista alfabética incluye, bajo la letra C, por ejemplo, los nombres ilustres, aunque heteróclitos de César Cantú, Cervantes, Lee Child, Paolo Coelho y Cicerón.

Ocasionalmente ocurre que un adolescente curioso se aventure en una de estas Bibliotecas: las puertas nunca están cerradas porque en estos días de violencia urbana tales precauciones serían peor que inútiles. Al ver a los ancianos Lectores en sus mesas cojas, agachados sobre sus Libros, el adolescente se siente tentado de arrancar las páginas de las manos temblorosas de estos viejos inútiles y arrojarlas a una hoguera en la calle. Pero ha sucedido (dicen los Lectores) que unas cuantas veces el adolescente se asoma al Libro y lee unas pocas palabras, y luego unas pocas palabras más. Y en lugar de quemar el Libro el adolescente se lo quita al anciano Lector y se lo lleva a casa y lo lee. Después, la mayoría de las veces, el Libro es tirado a la basura, o las páginas amarillentas se utilizan para liar un porro. Pero en muy pocos casos, el Libro se con-

serva y, días o meses más tarde, el adolescente recuerda misteriosamente un cierto pasaje o unas pocas palabras. Y entonces, raramente, por cierto, el adolescente vuelve a la oscura Biblioteca. Pero esta vez coge un Libro de la estantería y toma asiento entre los Lectores que miran al recién llegado sin decir nada, y vuelven a su página interrumpida. ¿Qué ha sucedido? ¿Ocurrió un acto de enamoramiento?

El Libro (aun las palabras de los poetas que Sócrates condena en otro pasaje de *La República*) puede quizás ayudarnos a responder a estas preguntas, o a formularlas de manera más clara. Que los que se interesan por la literatura sean pocos, que muchos lean mal, que la mayor parte del público confunda propaganda con creación artística... todo eso importa menos que las Bibliotecas continúen existiendo, que el Libro perdure, con la esperanza de que nos ayuden a ser un poco más felices y un poco menos idiotas.

Alberto Manguel es escritor, traductor y editor argentino-canadiense. Ha publicado una treintena de libros, entre ficción y no ficción, y participado en la mitad de esa cifra en diversas antologías. Algunas de sus obras de mayor reconocimiento son: *Una historia de la lectura*, *Leer imágenes*, *En el bosque del espejo*, *Cómo Pinocho aprendió a leer*, *La biblioteca de noche*, *El viajero*, *la torre y la larva*, *Mientras embalo mi biblioteca*, *Noticias del extranjero* y *El regreso de Ulises*. Texto tomado de *La biblioteca de noche*, pp. 13-19. Se reproduce con la debida autorización.

© Alberto Manguel, 2007 / c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria www.shavelzongraham.com /
© de la traducción: Carmen Criado Fernández, 2007 / © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2022